

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XIV



C. S. I. C.
1977
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO
DE
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XIV



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS
MADRID, 1977

SUMARIO

Páginas

EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Actividades del Instituto de Estudios Madrileños durante el año 1976, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	9
---	---

ESTUDIOS

Del Fuero de Madrid, por <i>Florentino-Agustín Díez</i>	17
Historia del abastecimiento de aguas a Madrid. El papel de las aguas subterráneas, por <i>Pedro Emilio Martínez Alfaro</i>	29
José de la Torre, en la Real Cartuja de Santa María del Paular, por <i>Virginia Tovar Martín</i>	53
El Arte del Paular en los documentos del Archivo Histórico Nacional (Continuación), por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	69
El convento del Carmen de Madrid en la primera fase de su historia, por <i>Fray Balbino Velasco, O. Carm.</i>	89
El Oratorio de San Felipe Neri de Alcalá de Henares (1694-1729), por <i>Ángel Alba</i> ...	123
Tráfico de alabanzas en el Madrid literario del Siglo de Oro: II: 1616-1625, por <i>José Simón Díaz</i>	197
Felipe IV y el Real Monasterio de la Encarnación, por <i>José del Corral</i>	203
Plazas de toros de madera de la Puerta de Alcalá (1741-1748), por <i>Francisco López Izquierdo</i>	241
Notas geográfico-históricas de los pueblos de la actual provincia de Madrid en el siglo XVIII (Continuación), por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	261
Un madrileño olvidado: Carlos Pablo de Amallo y Manget, por <i>Maximino Marcos Álvarez</i>	287
Registro de audiencias de Isabel II (1857-1867), por <i>Enrique Pardo Canalis</i>	313
Las elecciones a Cortes en el Madrid de 1876: fraude y plebiscito fracasados, por <i>Ángel Bahamonde Magro y Julián Toro Mérida</i>	317
La publicidad en las calles madrileñas durante el siglo XIX, por <i>María del Carmen Simón Palmer</i>	339

	<u>Páginas</u>
El trazado de la Gran Vía como transformación de un paisaje urbano, por <i>María Eulalia Ruiz Palomeque</i>	347
En torno a algunos edificios oficiales de nuestra capital y a las obras artísticas que albergan, por <i>Fernando de Olaguer-Feliú y Alonso</i>	359
El Presupuesto general ordinario de gastos del Ayuntamiento de Madrid y sus dotaciones para Enseñanza, Cultura, Deportes, Fiestas y Turismo, por <i>Antonio Aparisi</i>	381
El equipamiento telefónico de Madrid, por <i>Aurora García Ballesteros</i>	401
Notas para un estudio económico de la exhibición cinematográfica madrileña, por <i>Angel Luis Hueso Montón</i>	419
«Azorín» en dos ocasiones. (En torno a unas consideraciones sobre Moratín), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	435
El turismo en la vida madrileña: sus corrientes de afluencia y sus implicaciones socioeconómicas, por <i>Manuel García Gallardo</i>	439
Vicente Aleixandre, Premio Nobel, por <i>José García Nieto</i>	463

«AZORIN», EN DOS OCASIONES
(EN TORNO A UNAS CONSIDERACIONES SOBRE MORATIN)

POR MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS

«Azorín», uno de los más significados representantes de la llamada generación del 98, era por temperamento y manera de ser, como diría él, un hombre circunspecto y silencioso. Hablaba poco. Escuchaba, más que hablaba. Su vida estaba socialmente llena de silencios. Era por demás, en los últimos años en que yo le traté, un hombre solitario, introspectivo, poco comunicativo y locuaz. Los años habían ido dejando en él, después de un pasado inquieto, ideológico, rebelde con la política de su tiempo, una actitud al margen y tal vez en contra, con el bullir de la vida que le rodeaba. No era tampoco un misántropo. Le gustaba enterarse de las cosas que habían pasado más que de las que iban pasando. Un tiempo, en sus últimos días, amante del cine como arte distrativo y de sus intérpretes, consumió sus horas en las oscuras salas de los cinematógrafos que le caían a mano de su última vivienda en la calle de Zorrilla, primero número 19 y últimamente 21. El séptimo arte y el recorrido a las librerías de viejo —calle de San Bernardo y sus alrededores—, cuando no las casetas de Claudio Moyano en busca de libros raros y escogidos, tal vez de los que leen muy pocos, consumían sus horas libres de caminante. No era hombre de tertulia. Para hablar con él era preciso el ir a buscarle o encontrarle en su propio domicilio. Y allí fui yo, por primera vez, pocos años después de terminar los cruentos días de nuestra guerra, a visitar al autor de *Los Pueblos*, para cambiar impresiones, si ello era posible, respecto a su opinión sobre el momento actual de las letras españolas y más aún sobre el futuro. Hablamos poco. Casi diría que lo indispensable, pues no me gustaba entretener al maestro. Ya se ha dicho que «Azorín» era poco comunicativo. Conociendo su manera de ser y su carácter, iba provisto de un cuestionario de preguntas a las que había de someterle ante los micrófonos de Radio Na-

cional de España, entonces situados en un palacete, donde un día estuvo la Embajada de Rusia, en la calle de Martínez de la Rosa, número 1, esquina al paseo de la Castellana, vulgarmente conocida por la de la ESE, debido a su configuración ascendente hasta la calle de Serrano. Se trataba de un ciclo sobre «Las grandes figuras españolas, hablan para España», realizado por mí y con la colaboración, entre otros, del conde de Romanones, Benavente, Marañón, «Azorín» y otros. Hube, en consecuencia, de dejarle el cuestionario para su meditación, que recibí pocos días después con una carta suya que reproduzco.

Madrid, 18 de mayo, 1944.

Sr. Don Mariano Sánchez de Palacios.

Distinguido amigo: mucho agradezco la honrosa invitación. Pero no podré ir ante el micrófono; estoy enfermo y me es totalmente imposible. Así lo he dicho en otras varias ocasiones. En ésta, le envió una cuartilla, en que reflejo mi pensamiento, por si usted la cree aprovechable.

Atentamente le saludo.

AZORÍN

s.c. Zorrilla, 19.

No fue necesario. La censura gubernativa, muy severa en aquellos tiempos, no autorizó la presencia de José Martínez Ruiz, «Azorín», ante el micrófono, ni que se leyeran sus cuartillas. En mi poder las cuartillas hube de publicarlas en Portugal, perfectamente traducidas y con un proemio y comentario mío en un número extraordinario de domingo, página «Las Letras», de *O Primeiro de Janeiro*, de Oporto. «"Los hombres y sus ideas. "Azorín" en el actual momento literario»¹. Habían pasado poco más de cinco años desde que el maestro las escribió. Más tarde las publiqué en España, en ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS².

El trato entre el maestro «Azorín» y yo continuó, con espacios más o menos extensos en el tiempo, viéndonos. Pero la reposición en el año 1966, en el teatro del Círculo de Bellas Artes, por el elenco semi-profesional de la anti-gua y prestigiosa entidad teatral «La Farándula», de la que yo era a la sazón presidente, de *El sí de las niñas*, de Leandro Fernández de Moratín, me volvió por segunda vez a acercarme a él con el propósito de unas cuartillas suyas que sobre la obra y el autor fueran leídas como prólogo de la tan memorable reposición. Aceptó «Azorín» y unos días después, antes de la función, me entregó en mano en su propia casa las deseadas cuartillas, que al fin y al cabo

¹ 20 de julio de 1949.

² Tomo I, año 1966.

inéditas, pues sus palabras se perdieron en el silencio recogido de la sala, quedaron en mi poder como valioso recuerdo del pensador y del amigo. Poseen la característica de su estilo, cuyo valor —según ha dicho Federico Carlos Sainz de Robles— consiste en su prosa peculiarísima, bella, de enorme riqueza de vocablos —aun en su brevedad—, castiza, luminosa, tersa, repulida, o como dijo muy bien López Prudencio, su prosa responde a una dicción limpia, diáfana, rica en léxico, impecable en la estructura. Helas aquí:

«La Farándula» da una representación única de *El sí de las niñas*. Estamos asistiendo en España, desde hace algún tiempo, a un hecho notable; el teatro desborda de las escenas profesionales y se desparrama por las escenas privadas. Siempre han existido teatros particulares; en el siglo XVIII la *Raquél* de Huerta se representó en residencias aristocráticas y en teatrillos modestos. El público entonces lo componían allegados, familiares, espectadores ocasionales, gentes en suma, propicias al aplauso benévolo. La novedad de ahora estriba en que el mismo público de los grandes teatros se interesa en los teatros chicos. Con ello ganará el gusto: avezado ese público a las rarezas de los teatros privados, será más transigente en los teatros grandes.

Moratin es un comediógrafo fino, escrupuloso en la observación. Tradujo el *Hamlet* de Shakespeare. Sus observaciones sobre Shakespeare, en el prólogo y en las notas de su traducción, son discretas, circunspectas. En Londres, en 1792 Moratin asistió a una curiosa representación de Shakespeare: se había anunciado en el teatro una obra de Shakespeare y una comedia de magia. El público acudió, no por Shakespeare, sino por la mágica comedia. Y era tal su impaciencia que, con su estrépito y vocerío, no le dejó oír a Moratin la obra del gran poeta.

Cabría ahora discurrir sobre si *El sí de las niñas* representa la sociedad en que se produce. El tema es muy interesante. Ha axistido un autor de innumerables comedias, Eugenio Scribe, que, en un discurso académico, sostiene la tesis de que el teatro no refleja las costumbres. No ando yo lejos de tal especie cuando considero nuestro teatro clásico —creación poética independiente— y cuando contemplo el teatro romántico, parto de mentes calenturientas. De todos modos, si doña Irene, por ejemplo, en *El sí de las niñas*, no es de su tiempo, será porque es de todos los tiempos. Ya no estará, naturalmente, en su casa de Madrid, Lobo, 7, 2.º; pero podremos encontrarla en cualquier otra casa, si ponemos empeño en buscarla.

No digo más; quiero ser breve. Lo que pido a todos es un recuerdo emocionado para el inmortal comediógrafo madrileño.

AZORÍN

1956.

«Azorín», en dos ocasiones. El pensamiento de «Azorín» discurriendo a lo largo del tiempo con ese estilo suyo contundente, en cierto modo lacónico, pero persuasivo —incisivo—, dejando ver sin veladura, la tramoya de su quehacer constructivo muy suyo, muy personal en el contexto y en la adjudicación de sus opiniones en las letras españolas contemporáneas.

«Azorín», ya viejo, había de ser reivindicado, homenajado, hasta crear de su persona un mito por las propias instituciones oficiales. «Azorín» ya no era el hombre del paraguas rojo, de sus ideas anárquicas, cambiantes en su reflexiva madurez de los años, aunque como ha dicho uno de sus biógrafos, sus ideas políticas fueron siempre inestables, versátiles, confusas. Pero eso sí, era el maestro de una prosa, limpia, finamente tallada con aquella elegancia y remansado estilo que hizo posible el descubrimiento de una nueva y bella Castilla.